

CIEN AÑOS CON NERUDA

VICENTE CERVERA SALINAS
Universidad de Murcia

Celebramos el día 14 de Julio de 2004 el primer centenario de un poeta que, al decir del tiempo y sus designios, permanecerá acompañando multitudes de soledades e infinidad de vocaciones. Resulta difícil descubrir las oscuras razones que propician la pervivencia de unos versos determinados, de aquellos libros que, señalados por el claro azar y el “alto azor”, remontan el imperativo categórico de la gravedad: la ley física que determina el desmoronamiento de toda creación, y la ruina de todo proyecto. En estado de gracia, esos pocos privilegiados por la providencia, alcanzan el supremo don de la perseverancia y, una vez superadas las primeras cribas de los contemporáneos y las primeras pruebas de las primeras generaciones subsiguientes, son encaramados al lugar donde no parece habitar el olvido. En sus predios, las quimeras dejan de maldecir la ingratitud de los hombres que abandonaron el genuino culto de la religión poética. Allí, su desolación se reviste de una segunda hermosura y de esa “luz no usada” en patria de mortales, y colman como anfitriones perfectos a los neófitos que se disponen a seguir cumpliendo décadas de décadas, para que el porvenir no pierda el alimento de sus mejores hijos, de sus más excelsas obras.

Aunque, tal vez, el extraño destino de esas criaturas y de sus autores no sea tan halagüeña como parece. Sobrevivir a unas circunstancias concretas es también convertirse en pasto de otras llamas, no siempre menos voraces que las del exterminio: es someterse a un proceso ya infinito de transformación, de despojo, de revisión; en ocasiones, de humillación; de oprobio, en otras. Convivir con la raza de los hombres es también soportar el tributo de sus imposturas y de su insoportable pedantería. Es alcanzar el sobrenombre de la fama a costa de ser visitado por familiares fingidos o por vecinos curiosos; transferido traidoramente a lenguas extrañas y recitado con ignorancia por bocas insensibles.

En todo caso, se trata del reino de la impureza, el mismo que edificaron y mantienen sus moradores, y del que jamás podrán renegar de manera absoluta. En esos dominios de la resistencia, en que el gozo y la tortura se reconocen y abrazan, los poemas de Pablo Neruda inventan año tras año la voluntad de significar, de convivir, de volver a

ser leídos como si por primera vez lo fueran. ¡Qué extraordinaria prerrogativa del arte, la potencia de ser sus criaturas siempre las mismas y distintas, a la vez! Y así, sin que el “comprometido” autor del *Canto General* tuviera que referirse a ello explícitamente, su proclama de una “poesía impura”, sucia y tinta, olorosa y tachada, estaría aludiendo a esa propiedad inherente a la naturaleza de la obra que se hace inmortal: ser elogiada u ofendida, pero en cualquier caso, estar presente en la conciencia universal y en la historia subjetiva.

Refiere así Rafael Alberti, en hermoso prólogo a una antología poética de Neruda, los difíciles caminos que tuvo que recorrer la extraordinaria y primera *Residencia en la tierra* para ser editada, a pesar de los denuedos de amigos y admiradores. Hoy en día, es una de los títulos señeros de la poesía universal del siglo XX. Y sin embargo, veinte años después de su edición, su propio autor recomendaba que no fuera objeto de lectura para la juventud, debido a su carácter marcadamente individualista y desolado, anticomprometido y ajeno a todo incentivo de utopía. Paradoja sobre paradoja, así se va pautando la historia del arte, la impureza del fenómeno creado con vocación de profecía. En el fondo, la evidencia de su “gracia” supera con creces los resabios del artista. Pocos críticos, profesores, lectores o poetas estarán en desacuerdo con la declaración americana del “marinero en tierra”: “Puede decirse ahora, sin exageración, que la poesía del continente americano limita al Norte con Walt Whitman y al sur con Pablo Neruda. En el centro, entre esos dos límites, estarían Rubén Darío y César Vallejo”.

También en una región de implacables soles nos sumamos hoy a la fiesta de aniversario. Cien años, evidentemente, no son nada, aunque tampoco es fácil calibrar si serán mucho o poco en el cómputo que el futuro imponga a la suerte de las letras y de sus nombres de leyenda. Las páginas de esta revista tributan así el honor de esa enorme perplejidad que puede contar en siglos la existencia de ciertas obras tocadas por la fortuna. Las obras surgidas de manos que hoy yacen bajo tierra, pero que dejaron su testimonio y su testigo. Veleros y fragatas en miniatura encerrados en una botella lanzada al mar del tiempo, y rescatada una vez, y otra, por sus nuevos moradores. La archivarán en sus colecciones o volverán a arrojarla, con alegría o con desdén, a su líquido elemento. Y allí, en las soledades movedizas donde el azul es el color de la locura, perdurarán soñando hallarse en la pupila del más bello mascarón de proa.

Octubre 2004